

EL ACCIONAR GEOPOLÍTICO DE ESTADOS UNIDOS Y SUS IMPLICANCIAS EN LA RELACIÓN CON AMÉRICA LATINA

Andrés Martín Garrido Sánchez¹

Resumen

A lo largo de la historia, las relaciones políticas y económicas entre Estados Unidos y América Latina han tenido diferentes etapas y características. En el siglo XIX, con el interés estadounidense en mantener a las potencias europeas alejadas del continente, se dio inicio a dichas relaciones que evolucionaron hacia el expansionismo y hegemonía, al mismo tiempo que el poder nacional norteamericano crecía. A inicios del siglo XX, su influencia se apreciaba especialmente en áreas más próximas, con enorme impacto en las relaciones con México, Centroamérica y el Caribe, que permanecen como zonas de influencia inmediata. Por décadas, su poder económico y presencia mundial, sumada a factores geopolíticos, han llevado a Estados Unidos a presionar a los países latinoamericanos para que articulen sus intereses con los de su política global.

En el marco de los diferentes cambios importantes en la historia de las relaciones internacionales, Estados Unidos, siempre por razones geopolíticas, ha dado mayor prioridad a otras regiones del mundo y ha prestado más atención a América Latina solo cuando ha visto amenazada su estabilidad e influencia en la región. Las actuales relaciones entre América Latina y Estados Unidos serían una muestra de ello; sin embargo, también se presentan como una buena oportunidad para replantearlas a fin de enfrentar desafíos comunes de cara al futuro.

Palabras clave: *geopolítica, hegemonía, seguridad, política exterior, diplomacia, Estados Unidos, América Latina*

¹ El autor es Primer Secretario del Servicio Diplomático del Perú. Magíster en Diplomacia y en Derecho Internacional de los Tratados por la Academia Diplomática del Perú; posee estudios de especialidad en la Universidad de las Naciones Unidas, Tokio, Japón; y en la Universidad de Temple, Japan Campus. Egresado de la Maestría de Ciencia Política y Gobierno con mención en Relaciones Internacionales por la PUCP (2009-2011) y analista del Instituto Latinoamericano de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales (ILADIR).

Para comprender el accionar geopolítico de Estados Unidos se debe tener presente el significado de lo que es la geopolítica. Una definición comúnmente aceptada de lo que representa la geopolítica es “el estudio de las correlaciones entre el espacio –en todas las vertientes del término– y la política, notablemente la exterior” (De Wilde; 2004). Pero la geopolítica tiene límites definidos. De acuerdo con John Bellamy Foster, la geopolítica es una disciplina que se ocupa de estudiar cómo los factores geográficos, incluyendo el territorio, la población, la localización estratégica y los recursos naturales disponibles, según son modificados por la economía y la tecnología, afectan las reacciones entre los Estados y la lucha por la dominación a nivel global (Foster; 2006:12).

Fundada por el geógrafo sueco Rudolf Kjellen (1864-1922) y desarrollada más adelante por el también geógrafo alemán Friedrich Ratzel, la geopolítica como ciencia considera al Estado como un organismo vivo destinado a crecer, extenderse o morir dentro de ‘fronteras vivientes’; es decir, fronteras dinámicas y sujetas al cambio (Scarduelli; 1977: 19-20). A principio del siglo XX, las ideas de Ratzel fueron ampliadas, por geógrafos anglosajones y alemanes, a problemas militares y geoestratégicos. Estos consideraron el ‘espacio vital’, en el que el Estado es concebido como todo territorio que un país dice necesitar.

En ese entonces, el almirante estadounidense Alfred T. Mahan (1840-1914), consejero del presidente Theodore Roosevelt (1901-1909), postuló por la importancia estratégica del dominio naval como piedra angular para la

dominación mundial (“Quien domine el mar domina el comercio mundial; quien domine el comercio mundial domina el mundo” (Mahan; 1892). Entre sus recomendaciones destacaron ocupar las islas de Hawái, las Filipinas, tomar el control del Caribe y construir un canal que uniera los Océanos Pacífico y Atlántico. Todos estos planes fueron concretados por los gobernantes de su país a inicios del siglo XX.² La idea fue convertir a Estados Unidos en un imperio mundial (Corolario Roosevelt) siendo Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, Colombia y Panamá los primeros perjudicados de esa política imperialista, que tuvo un componente racista en contra de América Latina (Miller; 1992: 642).

Por ese entonces, aparece la figura del político británico Sir Halford John Mackinder, quien desarrolla la teoría del ‘Heartland’ (*región central*) o áreas pivote, grandes zonas continentales en las que su control facilitaría el dominio del mundo. Asimismo, el general alemán Karl Haushofer modernizó la geografía política, utilizándola como instrumento que justificaría la expansión territorial de Alemania durante el Tercer Reich. Desarrollando las teorías de Ratzel del espacio vital (*Lebensraum*), Haushofer sugirió la creación de una política exterior alemana parecida a la de Estados Unidos en América Latina (*Panamericanismo*). Esta política crearía más tarde un Pan germanismo o un Pan europeísmo dominado por Alemania.³

Quizás esta difusa y extraña colaboración de la rama germana de la geopolítica con el régimen nazi le impuso a esta ciencia un estado de hibernación y olvido en las décadas del cincuenta

² Gracias a su propia iniciativa de difundir las ideas de expansionismo y poder naval norteamericano, Mahan logró el compromiso de los líderes políticos y el de la opinión pública. No hay duda que el pensamiento de Mahan fue vital en los planes de expansión estadounidense hacia el Sur, el Caribe y luego en la construcción del Canal de Panamá.

³ Cabe destacar la relación directa entre las teorías geopolíticas y los máximos acontecimientos históricos que tuvieron lugar en el continente europeo durante la primera mitad del siglo pasado. Entre otros, se pueden resaltar el Tratado de Paz de Versalles (1918), el Pacto Ribbentrop-Molotov (1939), la Operación Barbarroja (1941) o la articulación de la Teoría de la Contención en los inicios de la Guerra Fría.

y sesenta; pero que, tras la caída del orden bipolar, empezó a resurgir.⁴ Este resurgimiento del interés por lo geopolítico puede intuirse tras la publicación, en el año 1993, del artículo ‘¿El Choque de Civilizaciones?’ escrito por Samuel P. Huntington en la revista *Foreign Affairs*.⁵

Factores ideológicos y geopolíticos en Estados Unidos

El ‘destino manifiesto’ (idea formulada a mediados del siglo XIX por el periodista estadounidense John O’Sullivan, al hacer referencia a la cuestión de la anexión de Texas y Oregón) y la ‘Doctrina Monroe’ (con la proclamación “América para los americanos”, para no permitir la intervención extranjera en asuntos de este continente), constituyen el fundamento, en parte, del diseño geopolítico estadounidense de conquistar y someter espacios. A principios del siglo pasado, se les agregó el principio de la intervención de Estados Unidos y el papel de guardián policiaco en el Hemisferio Occidental.

Desde sus orígenes, Estados Unidos se ha concebido a sí mismo como el ‘pueblo elegido’ para dominar y transformar el mundo, y así ha perdurado y se ha desarrollado este mito conocido como *excepcionalismo estadounidense*, un tema que hoy sigue siendo asunto de discusión en los medios estadounidenses (Walt; 2011). La persistencia de la ideología de la supremacía estadounidense proviene de sus raíces religiosas basadas en la interpretación bíblica que Estados Unidos es el Nuevo Pueblo Elegido de Dios. La creencia es crítica en un país donde los fundamentos religiosos se usan a menudo para moldear la opinión pública.

¿Cómo pudo integrarse esta inexorable concepción de cierto matiz político-religioso con la Geopolítica? Estados Unidos, a través de su historia, tanto a través de sus instituciones como de su política exterior y de seguridad, han defendido y promovido los valores de libertad, igualdad, individualismo, derechos humanos, gobierno representativo y propiedad privada. Estos valores e ideales constituyen el ‘credo americano’ que ha sido la base de su identidad nacional desde el siglo XVIII (Huntington; 1996: 251). Esta particularidad, que Estados Unidos se ha atribuido durante toda su historia, ha dado origen a dos actitudes contradictorias hacia la Política Exterior y de Seguridad. La primera, el actuar como ‘faro’ para el resto de la humanidad, perfeccionando su modelo democrático en el interior (aislacionismo); la segunda, el actuar como ‘cruzado’ para la defensa y promoción de esos valores en el mundo (intervencionismo), lo que le ha implicado a comprometerse en más de una guerra (Kissinger; 2000: 12).

Esta lógica doctrinaria resulta fundamental a la hora de explicar por qué los estadounidenses se ven a sí mismos como un país de excepción, dado que plantean que, a diferencia de otras naciones, la suya se basa en principios que pueden ser aplicados a todos los países, porque su propia nación se convierte así en universal. Este credo americano ha perdurado a lo largo de la historia de la nación estadounidense y ha servido como generador de consenso interno, como aglutinante; más allá del hecho que sus prácticas hayan o no sido reflejo de sus principios. Por otro lado, cabe mencionar que las raíces profundas de este credo se encuentran en el protestantismo disidente (Peritore; 2010: 5).

⁴ No fue hasta 1970 en que la geopolítica recobró un brillo particular al amparo de las tensiones internacionales surgidas (derrota de los Estados Unidos en Vietnam) y a una nueva vertiente de la misma: la geopolítica macroeconómica, basada en el desarrollo de las empresas multinacionales de gran poder económico y político –similar o mayor a muchos Estados– que promueven estrategias territoriales casi igual a las del estudio de la geopolítica.

⁵ Título que más tarde perdería su carácter interrogativo y se convertiría en un libro escrito por el mismo autor y titulado “El Choque de Civilizaciones y la reconfiguración del Orden Mundial” (*The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, New York: Simon & Schuster, 2003).

América Latina y los intereses globales de Estados Unidos

La política exterior de Estados Unidos se encuadra dentro de políticas vinculadas a las áreas en las que están establecidos sus intereses nacionales. Estos intereses están situados, en su mayor parte, en el Hemisferio Norte. Las políticas que de estos intereses se derivan van más allá de los diferentes gobiernos y dan prioridad a la integridad y la estabilidad del sistema internacional situado en Europa occidental, Europa oriental, Rusia, Siberia y el Asia central.

Las acciones de política dirigidas a los países del Hemisferio Sur, en especial América Latina, se orientan, en general, a cubrir necesidades de corto plazo o a coordinar con las estrategias dirigidas a la zona de intereses prioritarios. La falta de interés de Estados Unidos en América Latina, desde el punto de vista geopolítico, estaría influenciada por el estímulo relativamente invariable de la asimetría y el estímulo variable de la geoeconomía, de mayor gravitación que la geopolítica en esta zona. Por tanto, para algunos, las relaciones entre Estados Unidos y América Latina se basarían más en la geoeconomía que en la geopolítica (Mercado Jarrín; 2001: 139).

Históricamente, la ideología de supremacía estadounidense ha postulado como supuesto implícito de su política general y exterior que América Latina es su 'patio trasero', su zona de dominación geopolítica e influencia económica; es decir, una fuente importante de materias primas y un territorio controlable para sus propios intereses políticos y militares. El estatus tradicional dado a los países latinoamericanos sería el de socios pasajeros y eventuales, con todas las consecuencias de inestabilidad que ello implica para nuestra región. Esto es

particularmente evidente cuando, al final de la Segunda Guerra Mundial y ante el deterioro económico y político de Europa y el surgimiento del rival ideológico que representaba la URSS, Estados Unidos siente la necesidad de asumir el liderazgo del sistema defensivo teniendo a Eurasia como eje principal.

Estados Unidos organizaría su estrategia a partir de la escuela geopolítica de Nicholas John Spykman, profesor emérito de la Universidad de Yale, cuya influencia se evidenciaría en las acciones norteamericanas sobre Eurasia (Spykman; 1944).

La estrategia de control mundial durante la Guerra Fría había estado centrada en Europa occidental, Medio Oriente, Península Arábiga, Irán, Turquía, India y Pakistán, Sudeste de Asia, parte de China, Corea, Japón y Rusia oriental. Hacia esta zona, denominada luego Rimland,⁶ se orientaron los acuerdos y compromisos defensivos. La ubicación de cada país respecto de esta zona determinó el valor estratégico que tenían para Estados Unidos. De ahí que América Latina tuviera una importancia irrelevante para Estados Unidos, y que sus acciones políticas, militares y económicas se dirigieran hacia Europa Occidental, Japón, Medio Oriente y Sudeste de Asia.

Durante el siglo pasado, las intervenciones militares de Estados Unidos en la región latinoamericana fueron numerosas. En América Latina, Estados Unidos conservó el control geopolítico aplicando distintas políticas hacia la región como la del *buen vecino* y el fomento del *panamericanismo*. También, con la suscripción de acuerdos militares regionales como el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en 1947, y a través del control diplomático de la Organización de Estados Americanos (OEA).

⁶ Disponible en: <http://www.geo-strategy.com/geopolitica/articulos/geo040804.htm>.

En el contexto de la Guerra Fría, con Estados Unidos consolidado como potencial mundial, la relación con América Latina vuelve a cambiar. Retorna agresivamente la política imperialista hacia la región, donde ahora la amenaza es la Unión Soviética. Con el gobierno de John F. Kennedy se implanta otra gran estrategia hacia América Latina, la *Alianza para el Progreso*, la cual tenía como objetivo sentar las bases para el desarrollo económico de la región a través de reformas en sectores claves como el agrícola, entre otros, y fortalecer las instituciones militares (pero para volcarlas hacia adentro para que hagan frente a los movimientos subversivos influenciados por el comunismo). Dicha estrategia fracasó luego de la muerte de Kennedy, pues fue muy difícil para Estados Unidos trabajar con regímenes dictatoriales (1960-1980).

De acuerdo con John Bellamy Foster, la política exterior norteamericana de la Guerra Fría se caracterizaría por una rigidez ideológica y un pragmatismo político; sin embargo, el recurso ideológico religioso de los valores e ideales nunca ha dejado ni dejará de estar (Foster; 2006:3).

Entre los casos de intervención norteamericana más efectivos en América Latina en la época de Guerra Fría destaca la ejecución del Plan Cóndor con la coparticipación de altos mandos militares de Brasil y Chile. Por otro lado, ocurrió un hecho que sí logró cambiar sustancialmente la relación entre América Latina y Estados Unidos: el no apoyo norteamericano a Argentina en la Guerra de las Malvinas (1982), el cual produjo mucha desilusión para todos aquellos gobiernos que apoyaron la lucha contra el comunismo en la región.

Terminada la Guerra Fría, hasta nuestros días, no ha habido una estrategia importante de Estados Unidos hacia América Latina. El proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) no prosperó por la falta de solidez en la propuesta para crear una relación de verdaderos

socios y el Consenso de Washington no ha funcionado. La influencia de Cuba ha resurgido por el crecimiento de la pobreza y desigualdad social en la región.

Al no haber opción ideológica a la cual enfrentar, Estados Unidos, desde ese entonces, ha justificado su presencia en la región con bases militares en Cuba, Colombia y otros países latinoamericanos con fines de lucha contra el narcotráfico. Lo cierto es que mediante estas bases y ejércitos en la región, los cuales capacitan, entrenan y abastecen de armamentos hasta hoy, Estados Unidos sigue haciendo uso de su influencia.

Por otra parte, Estados Unidos parece resignarse a ver que su hegemonía en la región ha disminuido frente a nuevos líderes subregionales como Brasil, permitiendo crear nuevos espacios y organismos de integración regional que le hacen contrapeso político.

En síntesis, la realidad del siglo XXI nos mostraría que Estados Unidos habría sabido llevar bien sus acciones geopolíticas, pues, a pesar de los importantes reveses políticos, económicos y militares que han sufrido, continúa siendo desde hace décadas la mayor potencia económica y militar. Asimismo, no ha dejado de lado un aspecto central para sus intereses nacionales en el actual contexto de globalización: el bienestar de sus compañías y transnacionales que han jugado y juegan un papel vital en el financiamiento y en la promoción de los avances militares logrados.

El pragmatismo del presidente Barack Obama

El gobierno del presidente Barack Obama (2009-2012) ha hecho el anuncio de que Estados Unidos seguirá promoviendo sus valores y principios apoyando política, económica y militarmente a Irak y Afganistán, lo cual hace cada vez más difícil para su país justificar el intervencionismo norteamericano en la zona del Golfo Pérsico.

Incluso, en busca de su reelección en noviembre próximo, Obama ha llegado a advertir a Irán que no tolerará que siga avanzando en su proyecto nuclear. Y le asegura a su aliado, Israel, que la vía militar es una alternativa viable (Sick; 2012).

De allí lo señalado por el historiador y politólogo Horacio Cagni respecto a “la necesidad de asegurar alianzas o coaliciones respaldadas en la doctrina de la seguridad colectiva”. Esta doctrina se basa en una visión de comisario de las Relaciones Internacionales, en la que el adversario, convertido en sujeto internacional, es discriminado y catalogado de criminal internacional, en el uso de la fuerza de corrección colectiva desproporcionadamente, en la inexistencia de contrapesos en la aplicación del mecanismo ni actores neutrales y en la disolución de la responsabilidad de aplicación de la fuerza correctiva en el mecanismo colectivo de seguridad” (Cagni; 2006: 95).

¿Cómo Estados Unidos ha logrado perpetuar su presencia en el mundo y llevar a cabo guerras tan lejos de su territorio? Sin lugar a dudas, lo primero que Estados Unidos ha hecho desde inicios del siglo XX, y lo que sigue haciendo hasta ahora, ha sido expandir su poder a nivel mundial a través de su diplomacia y de sus fuerzas armadas, a fin de proteger sus intereses y asegurar su hegemonía por muchos años más.

Diplomacia en acción

Es reconocida la enorme influencia global económica, política y militar que ejerce Estados Unidos. Miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, miembro de la Alianza del Atlántico Norte (OTAN), de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), de la Organización de Estados

Americanos, del G-8, el G-20, constituye la primera potencia mundial en términos militares y económicos. Washington D. C., su capital, u otras ciudades del país, acogen a más de 180 embajadas y consulados extranjeros. Recíprocamente, casi todos los países del mundo cuentan con una misión diplomática estadounidense, a pesar de que con algunos no mantiene relaciones diplomáticas (Cuba, Irán, Corea del Norte, Sudán, Bután y la República de China, llamada también Taiwán). Por otro lado, Estados Unidos cuenta con países aliados con los que comparte fuertes lazos políticos, económicos y culturales: Reino Unido, Canadá, Japón, Corea del Sur, Australia, Nueva Zelanda e Israel.

La Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) es una importante arma de política exterior que Estados Unidos ha sabido utilizar en las relaciones con sus socios. Si se observa el panorama mundial, existen distintos factores que los países donantes suelen tomar en cuenta para la canalización de la ayuda. Así, tenemos que Estados Unidos aplica criterios geopolíticos en la distribución de su ayuda.

En el periodo de posguerra existió un gran interés por apoyar la reconstrucción de Japón y Europa occidental. Luego, con la llegada del comunismo, su cooperación se orientó al este asiático (Camboya, Vietnam). América Latina fue objeto de mayor ayuda a partir de los años ochenta a raíz de los conflictos en Centro América (Nicaragua, El Salvador).

La Agencia de Desarrollo Internacional (AID) es la institución oficial de Estados Unidos a través de la cual se canaliza su ayuda.⁷ Sobre el volumen de la cooperación norteamericana ha habido variaciones; sobre todo, luego de la guerra en Vietnam, la cooperación se redujo considerablemente, llegándose a

⁷ La AID fue instituida por el presidente John F. Kennedy en 1961. Tiene por finalidad promover el desarrollo económico sostenido de los países en desarrollo en el marco de las relaciones de amistad, colaboración y respeto mutuo.

plantear la desactivación de la AID. Luego de un largo debate presupuestal, se incrementó considerablemente la ayuda como parte de la estrategia de hegemonía política liderada en ese entonces por el presidente Ronald Reagan.

Además del aspecto geopolítico, el apoyo norteamericano a través de las organizaciones financieras multilaterales ha sido significativo, representando la tercera parte de su ayuda. Del mismo modo, la promoción del crecimiento económico sostenido y la ayuda alimentaria han formado parte de la política de cooperación norteamericana. Se puede señalar, como un dato interesante para el análisis, que a mediados de la década del noventa, el 50% de la ayuda norteamericana estaba comprometida en Israel, Rusia y Egipto; sin embargo, lo que se quería era orientar la ayuda no solo a países o situaciones individuales, sino a objetivos generales orientados a lograr el desarrollo sostenido.

En el caso de América Latina, a excepción de México, Brasil y Colombia, no ha sido una región prioritaria para la ayuda norteamericana. Con respecto al área andina, la cooperación norteamericana ha estado orientada hacia el fortalecimiento de la democracia, mejorar la cooperación regional contra el tráfico de drogas y la lucha contra la pobreza, representando una importante área donde se juegan intereses claves para su política exterior.

Fuerzas Armadas, gasto militar y petróleo

En el año 2011, las Fuerzas Armadas de Estados Unidos contaban con 1,4 millones de miembros activos. Las reservas y la Guardia Nacional elevan el número total de tropas a 2,3 millones. El Departamento de Defensa también emplea a 700 000 civiles aproximadamente, sin incluir a los contratistas. El ejército opera 865 bases e instalaciones en el extranjero y mantiene guarniciones de más de 100 militares activos en

28 países distintos. El alcance de esta presencia militar global ha llevado a algunos autores a describir al país como si mantuviera un 'imperio de bases' (Turse; 2011).

Más de 700 mil millones de dólares en el año 2011 y una cifra casi similar para el año 2012, conforman el gasto militar de Estados Unidos, en medio de una fuerte crisis económica y política. Con una desocupación oficial que supera el 8%, la más alta en la historia del país, y un intenso plan de recortes a los gastos sociales, la Casa Blanca parece no tener intenciones de hacer cambios profundos en lo que respecta a su poderío castrense.

Del presupuesto militar total de 2012 aprobado por el Parlamento, por un monto total de 708 mil millones de dólares, 549 mil millones de ellos son destinados para la defensa nacional y los restantes 159 mil millones para las intervenciones militares en el extranjero. Hasta el momento, los planes oficiales para activar la economía estadounidense tuvieron repercusiones casi nulas y el dinero de los contribuyentes sigue un destino concreto: del total de los impuestos recaudados, de cada dólar, 2 centavos van destinados a educación mientras que 26,5 fluye hacia el gasto militar.

Para el año 2013, las intenciones de Obama son aumentar los impuestos a los más ricos y, de esta forma, aplacar el descontento de las capas medias que se llevan todo el peso de la crisis. Siguiendo una postura histórica, los republicanos rechazan esta medida y proponen mayores recortes al gasto público, política que varios de sus gobernadores ya aplicaron en los Estados de la Unión. Pero, ni demócratas ni republicanos muestran interés en cuestionar que Estados Unidos ostenta el 42,8% del gasto militar del mundo.

Históricamente, dentro de su política exterior y de seguridad, Estados Unidos ha dado máxima prioridad al gasto militar; en parte, en razón a la necesidad de asegurar las fuentes de energía

de petróleo y gas. Y es que, desde la perspectiva geopolítica norteamericana, un aspecto medular para la estabilidad mundial es asegurar la distribución regular de los campos petroleros en el mundo, puesto que paradójicamente muchos de ellos se ubican en regiones con altos índices de pobreza como Irak, que posee las terceras reservas del mundo.⁸

Países de Asia y de América Latina, entre los que se encuentra el Perú, corren el riesgo de convertirse en simples abastecedores y exportadores de materias primas, y son quienes en realidad podrían perder la batalla, si es que no la han perdido ya, debido a que durante los casi 120 años que tiene de existencia el mercado internacional del petróleo, más de 90% del recurso ha estado bajo el control de los países industrializados. En contraste, naciones ricas como Estados Unidos y Japón que no poseen hidrocarburos, importan hasta el 98% y 75% cada día, respectivamente. Es decir, de los 20 millones de barriles de petróleo que consume Estados Unidos anualmente, 15 millones son importados.

El consumo del petróleo ha crecido en los últimos meses, especialmente en potencias emergentes como los países del Grupo BRIC (Brasil, Rusia, India y China), lo que viene motivando una competencia por abastecimiento del petróleo internacional, sobretodo aquel proveniente del Golfo Pérsico. Esta área geográfica es actualmente la mayor área de conflicto del mundo. Es por esa razón que Estados Unidos posee fuerzas navales en la zona para de esa forma mantener abiertos los estrechos de Ormuz (Arabia Saudita e Irán) y el de Bab el-Mandeb (entrada al Mar Rojo, Yemen y Djibouti, rumbo al Canal de Suez, Egipto).

Estados Unidos viene efectuando una política de preposicionamiento en zonas petroleras ubicadas en la cuenca del Mar Caspio (Kazakstán, Azerbaiyán, Armenia y Georgia), Oriente Medio y África (Guinea Ecuatorial). Desde hace algún tiempo, junto con una diplomacia activa, realizan operaciones militares de manera a ocupar una posición favorable en estas zonas ricas en petróleo, cuyo control es ambicionado también por Rusia y China. Alcanzar una buena posición en esas zonas le daría a Estados Unidos un derecho de fiscalización sobre todas las áreas circundantes: el Cáucaso (petróleo de Bakú y oleoductos de Asia central hacia Europa), sobre Irán (vecino de Afganistán) y sobre otros emiratos del Golfo Pérsico, siendo Arabia Saudita el primero de la lista. Poner en práctica esta política no ha sido fácil por la natural reacción negativa de algunos países vecinos en la zona.

Respecto a Guinea Ecuatorial, Estados Unidos ha firmado acuerdos con las islas de Santo Tomé y Príncipe para establecer bases militares en su territorio. Estas islas permitirían obtener una ventaja estratégica en el Golfo de Guinea, vecino a los ricos yacimientos de Nigeria. En tal sentido, la instauración en el año 2008 del Usafricom a nivel militar, cuya superficie de responsabilidad es todo el continente africano, respondería a esta preocupación de la parte de los geoestrategas norteamericanos.⁹

Mirando hacia el futuro en las Américas

En tiempos recientes, después del fin de la Guerra Fría y superada la polarización, se han producido importantes aperturas de Estados Unidos que algunos países latinoamericanos,

⁸ Este argumento ha sido desarrollado por Enrique Obando en sus clases de Seguridad Internacional dictado en la Maestría en Ciencia Política y Gobierno de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

⁹ Disponible en: <http://www.africom.mil/AboutAFRICOM.asp>.

como el Perú, consideran adecuadas y otros no. La aparición de otros actores mundiales y sus vínculos comerciales y de inversión con América Latina está disminuyendo el tropismo de esta región hacia Estados Unidos. Por su parte, este país reconoce la nueva situación y convive con ella, salvo cuando se trata de asuntos estratégicos. Fuera de Cuba y Venezuela, con matices en el caso de los países de la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), ningún gobierno considera que Estados Unidos sea la fuente de los problemas de su país. Sin embargo, sigue pendiente que América Latina logre identificar intereses comunes *vis a vis* a Estados Unidos.

Para el Departamento de Estado, la visión de largo plazo del gobierno estadounidense hacia las Américas es trabajar en la construcción de una sólida plataforma de seguridad y un crecimiento económico compartido a lo largo del hemisferio, el cual viene evidenciando importantes transformaciones sociales y económicas, así como dinámicas relaciones intra y extracontinentales (Sherman; 2012).

En ese marco, Estados Unidos otorga máxima importancia a sus relaciones con Colombia, Brasil y México, países a quienes se refiere como ‘socios cercanos’ e importantes actores regionales y globales, con los que el gobierno del presidente Obama trabaja en casi todas las áreas de política exterior. En base a ello, las relaciones con los tres citados países ha llegado ser definida como ‘prácticas, multifacéticas y globales’.

Estados Unidos, en más de una oportunidad, ha saludado la expansión del rol global del Brasil, aún cuando mantienen diferencias en asuntos de política exterior. En su agenda bilateral no es raro ver el tratamiento de temas relacionados a la cooperación en educación, ciencia y tecnología, comercio, inversiones, así como asuntos regionales y globales. En caso de las relaciones con México, destaca las sólidas

relaciones económicas y políticas, así como en temas de seguridad a través del Plan Mérida al que Estados Unidos ha dedicado 1,6 mil millones de dólares. En temas internacionales, ambos han expresado su preocupación por la situación de la democracia en Nicaragua y Siria.

En su reciente participación a la *XVI Cumbre de las Américas* desarrollada en Cartagena de Indias, Colombia, el presidente Barack Obama volvió a mostrar una sensibilidad hacia América Latina que no había mostrado ninguno de sus antecesores. Obama reiteró su “compromiso con profundizar la asociación con Latinoamérica para entrar en una ‘nueva era’ de mayor colaboración económica y trabajar en favor de lograr el acceso universal a la electricidad en la región en una década”. Con ello, el gobierno norteamericano habría querido enviar una clara señal de su interés de promover un mayor involucramiento con América Latina en nuevos campos y, por qué no, de reafirmar su presencia *vis a vis* los intentos de Irán de estrechar lazos con algunos países de la región; y también de transmitir a la comunidad hispana en Estados Unidos (cuya importancia electoral en los comicios presidenciales de noviembre próximo pueden ser decisivas) la voluntad de aproximarse a la región de manera positiva y pragmática.

Por su parte, los presidentes latinoamericanos ven un cambio positivo en Estados Unidos y quieren iniciar un nuevo capítulo en la relaciones con Washington. La pregunta es ¿América Latina es importante para una potencia mundial que viene saliendo de una importante crisis económica? La respuesta es sí.

Los antecedentes históricos que se han revisado en este artículo son útiles para comprender la relación de América Latina con Estados Unidos. Su importancia radica en que estos antecedentes históricos constituyen información fundamental para comprender, primero, la relación entre

América Latina y Estados Unidos, y en segundo lugar, entre el Perú y dicha potencia mundial. Dichos antecedentes nos permiten, por ejemplo, apreciar que la política de Estados Unidos hacia el Perú no ha sido ajena a las condicionalidades que el contexto mundial le ha impuesto a Estados Unidos por su condición de potencia global.

Un dato a destacar sobre el nivel de relación entre la administración Obama y América Latina podría subrayarse es que, en lo que va de este gobierno, la Secretaria de Estado Hillary Clinton ha viajado en 24 ocasiones a la región y ha visitado 18 países, entre ellos el Perú. Si bien este aumento en la intensidad de los contactos diplomáticos de Estados Unidos con nuestra región se explica más por las razones anteriormente expuestas, no representa necesariamente un giro importante en las prioridades y estrategias de la política exterior estadounidense. Sin embargo, el gesto norteamericano es un elemento a tener en cuenta y es, sobre todo, un factor que nuestro país debe valorar y aprovechar.

Hoy, lamentablemente, la relación entre el Perú y Estados Unidos está ‘narcotizada’ visto que en su política de ayuda hacia nuestro país prima el objetivo de suprimir el narcotráfico. Sin embargo, considero que se debe aprovechar este tiempo para profundizar la cooperación en otras áreas de interés común con Estados Unidos. Por ejemplo, el combate frente al crimen organizado y terrorismo son problemas comunes. Por otro lado, el cuidado del medio ambiente y la defensa de los derechos humanos constituyen intereses comunes por los cuales ambas partes deberían trabajar conjuntamente con un espíritu panamericanista de respeto al otro y bajo el concepto de ‘socios igualitarios y confiables’.

Conclusiones

1. Es necesario un estudio integrador de la geopolítica de Estados Unidos, a modo de poder entender su accionar no solo en términos de poder y de posición relativa, sino también, en términos de su posición frente al mundo, constituida esta por su propia identidad y su bagaje religioso-cultural.
2. Los factores aludidos a la religión y a la geopolítica son factores que conforman la justificación que modelan un evidente hilo conductor en la política exterior y de seguridad estadounidense.
3. Si bien el accionar geopolítico de Estados Unidos se conduce de manera planificada por los organismos de seguridad y de política exterior para proteger sus intereses nacionales, sus prácticas no siempre son reflejo de sus principios. La ejecución del Plan Cóndor con la coparticipación de altos mandos militares de Brasil y Chile constituye un ejemplo.
4. La historia de la relaciones entre América Latina y Estados Unidos se distingue como compleja y asimétrica, en la cual, la política de este último –imperialista y que no presta mucha importancia a la región– se ha mantenido inalterable.
5. Las políticas estadounidenses orientadas a regiones marginales, como América Latina, son adecuadas a estos intereses prioritarios y pueden ser alteradas, congeladas o anuladas según las necesidades de políticas de más alta prioridad.
6. Desde la perspectiva norteamericana, se perciben en la región situaciones diferenciadas que determinan la aplicación de políticas también diferentes. Brasil, México, Colombia y, quizás, Chile como países individuales; los países del ALBA, otros países sudamericanos y centroamericanos. Por ello, hablar de las relaciones Estados Unidos-América Latina o de relaciones interamericanas es una

- generalización, puesto que no han sido ni son las mismas en todos los casos.
7. América Latina tampoco ha logrado identificar intereses comunes *vis a vis* a Estados Unidos y ello lleva a desarrollar y fortalecer las relaciones bilaterales con dicho país, aún cuando la asimetría en términos de poder siga siendo evidente.
 8. El desafío para Estados Unidos y América Latina está en conciliar, en lo posible, la política de relacionamiento multilateral con las políticas bilaterales y sus intereses específicos.
 9. En cuanto al Perú, si bien la relación con Estados Unidos tuvo circunstancias de cooperación y confrontación, hoy es una relación más madura, basada en el sistema democrático, el respeto a los derechos humanos, la apertura económica y comercial, así como grandes oportunidades de inversión. Subsisten diferencias sobre cómo enfrentar el problema del tráfico ilícito de drogas y la posición peruana contraria a la continuidad del embargo estadounidense a Cuba y el retorno de este a la OEA.

Bibliografía

CAGNI, Horacio

- 2006 "Cambios de contexto internacional e importancia de mega espacio iberoamericano". Revista Peronistas. Buenos Aires.

FOSTER, John Bellamy

- 2006 "The New Geopolitics of Empire". Monthly Review. Volumen 57, número 8, 12. Disponible en: <http://www.monthlyreview.org/0106jbf.htm>.

GILPIN, Robert

- 2001 Global Political Economy. Nueva Jersey: Princeton University Press.

HUNTINGTON, Samuel P.

- 1996 American Ideals versus American Institutions. Nueva York: Harper Collins College Publishers.

KISSINGER, Henry

- 2000 La diplomacia. México: Fondo de Cultura Económica.

MAHAN, Alfred Thayer

- 1890 The Influence of the Sea Power upon History, 1660-1783. Londres: Sampson Low, Sear & Rivington.

- 1899 Lessons of War with Spain and Other Articles. Boston: Little, Brown and Co.

- 1892 The Influence of Sea Power Upon French Revolution and Empire. Cambridge: University Press.

MILLER, Natan

- 1992 Theodore Roosevelt: A Life. Nueva York: Quil William.

MACKINDER, Halford

- 1904 "The Geographical Pivot of History". The Geographical Journal. Volumen 23.

MERCADO JARRÍN, Edgardo

- 2001 La Revolución Geoestratégica. Lima: IPEGE.

PERITORE, Natalia

- 2010 Hacia una visión geopolítica integral. Centro Argentino de Estudios Internacionales.

PROYECTO REPORTE PAÍS

- 2011 Curso Internacional "Las Relaciones Interamericanas: una visión hacia el futuro. En CEPEI. Georgetown University y Universidad del Pacífico.

SCARDUELLI, Pietro

- 1977 Introducción a la Antropología Cultural. Madrid: Editorial Villalar.

SPYKMAN, Nicholas John

- 1944 Geography of the Peace. Nueva York: Hartcourt, Brace, and Co.

SITIO WEB

- <http://www.geo-strategy.com/geopoliticaarticulos/geo040804.htm>.
<http://www.yale.edu/lawweb/avalon/washington.htm>.
<http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/infocus/nationalsecurity/index.es.html>.
<http://www.africom.mil/AboutAFRICOM.asp>.
<http://www.cfr.org>.